

Y exhalando profundos gemidos, lanzando imprecaciones espantosas, abandonó el palacio, y se dirigió de nuevo á reunirse con sus vasallos, empuñando en la diestra una macana que encontró en el patio, acariciando la idea de que salieran á sorprenderle en el camino para descargar su pesada arma sobre el que intentara detener su marcha.



### Capítulo III.

#### Prision de Guatimozin.

En el momento en que Guatimozin llegó al arrabal en donde se había refugiado los mejicanos, les contó en breves palabras las desventuras que habían motivado su ausencia.

Con estas explicaciones recobró su antiguo prestigio, y al oír de lábios de sus vasallos que los españoles les habían intimado á la rendicion:

—Perezcamos todos,—dijo;—pero no reconozcamos jamás autoridad en los opresores que vienen á usurparnos nuestros dominios.

Todos se aprestaron á seguirle en medio del mayor entusiasmo.

Guatimozin reunió cuantas canoas pudo, y acompañado de sus súbditos, se dirigió por la laguna á la ciudad, que ya ocupaban los españoles.



Al verlos Cortés aproximarse, dió orden á Alvarado para que saliese á su encuentro.

Las piezas de artillería se colocaron convenientemente, y el ataque comenzó de una manera desastrosa para los mejicanos.

Los bergantines destrozaron muchas barcas, y pusieron en huida á las demás.

Preguntó á uno de los prisioneros quiénes eran los que la tripulaban, y supo que en ella iba Guatimozin acompañado de algunos altos dignatarios del imperio.

A contar de aquel momento, su principal deseo fué apoderarse de ella.

En tanto que corria en su alcance ocurrían escenas de luto y de desolacion en la otra parte de la laguna.

Los consternados mejicanos se arrojaban al agua, y allí perecían por las mortíferas flechas de los aliados de Cortés.

El ilustre caudillo hacia lo posible para excitar la clemencia entre sus tropas.

Todos sus esfuerzos eran inútiles.

En la embriaguez que produce la victoria, no daban cuartel á nadie.

Gritos lastimeros atronaban el espacio, y las imprecaciones de los moribundos se confundían con las soeces palabras que pronunciaban los vencedores al arrebatarse la vida á los vencidos.

Por más que lamentábase la desgracia, no pudo evitar Cortés que matasen á más de quince mil fugitivos:

Garci Holguin alcanzó por fin á la canoa en donde iba el emperador.

No quiso embestir con ella, pero dió orden á los arcabuceros de que se pusiesen en actitud de disparar sus armas á la primera señal.

Guatimozin quiso aún hacer una última tentativa.

De pié encima de la popa, intentaba pelear con sus perseguidores.

Pero la razon le hizo comprender lo infructuoso de su propósito.

Conociendo la superioridad de sus enemigos, apreciando en una rápida mirada los elementos destructores con que contaban, hizo señal de paz y se rindió á discrecion.

Garci Holguin se apoderó de él y le condujo á su bergantín.

Ordenó que le amarrasen fuertemente, y despues se apoderó de una canoa y de cuantos la tribulaban.

A pesar de la alegría que le causaba el tener el honor de presentar al ilustre prisionero á su jefe, no pudo ménos de conmoverse, al ver rodar por las mejillas de Guatimozin furtivas lágrimas.

—Grandes deben haber sido mis culpas,—exclamaba el infortunado monarca,—cuando los dioses me convierten á tan deshonoroso estado. Despues de ver destruido mi imperio, despues de contemplar el horroroso espectáculo de millares de víctimas inmoladas á la ambicion de unos aventureros, despues de ver derribados los templos y hechos pedazos los ído-



los, despues de haber sido separado violentamente de mi esposa Guacalcinla, de mi querido hijo, aún tengo que arrostrar la vergüenza, la infamia del cautiverio.

¡Oh! ¡Mátame, valeroso capitán,—añadía con desesperación;—mátame, y acabarán de una vez estos sufrimientos!

Garci Holguin procuraba consolarle, y sus palabras y sus esperanzas excitaban de nuevo el furor del prisionero.

Cuando llegó á presencia del caudillo, este le recibió con todos los honores que correspondian á su alta jerarquía.

Le trató con toda afabilidad, y al lamentarse de todos los desastres que habian ocurrido por su resistencia, por toda contestación le dijo el emperador las siguientes frases, que conserva la historia:

—«Ya yo he hecho todo mi poder para me defender á mí y á los míos, y lo que he obligado me era, para no venir á tal estado y lugar como estoy.

»Y pues vos podeis agora hacer de mí lo que quiéredes, matadme que es lo mejor.»

Cortés le consoló y le dió esperanzas de vida y de que pronto recobraría su antiguo poderío, si bien escatando el monarca español, de quien era representante.

En seguida le hizo subir á una azotea para que desde allí aconsejase á los mejicanos lo que deberian hacer en vista de las circunstancias.

El emperador, haciendo un supremo esfuerzo,

arengó á sus vasallos, intimándolos á que se rindieran.

Atemorizados como estaban, vieron en aquella orden una esperanza de salvar la vida, y se apresuraron á obedecerle.

Un momento despues setenta mil mejicanos deponian las armas, y los españoles quedaban completamente dueños de la imperial ciudad de Méjico.



---

## Capítulo IV.

---

En el que se refieren detalles curiosos respecto á la toma de Méjico, y se dá cuenta de una tradicion que aún se conserva en aquellos lejanos países.

Sabemos las penalidades que tuvo que arrostrar, las intrigas que desbarató el ilustre Hernan Cortés para llevar a cabo la conquista de Méjico; hemos asistido á los rudos combates que sostuvo con los habitantes de tan lejanos países; hemos presenciado las victorias que alcanzaron sus armas, gracias á la intervencion de la Providencia, que protegía la noble mision que iba á desempeñar el héroe de nuestra historia; conocemos la situacion de la imperial ciudad al llegar los españoles; sólo nos resta ampliar algunos detalles para apreciar verdaderamente la gloria de esta brillante etapa de la vida del valiente español, cuyo nombre esclarecido conservará eternamente la historia con caractéres de oro.

El mártes 13 de agosto, dia de San Hipólito, del año 1521, se ganó la ciudad de Méjico.

Para conmemorar tan fausto acontecimiento tiene lugar todos los años una solemne fiesta.

Procesionalmente recorren los altos dignatarios de la ciudad las calles principales, ostentando el más anciano el pendon victorioso que llevaba Cortés á su entrada en Méjico.

Es de advertir que aun cuando esta ceremonia recuerda la destruccion del imperio y el triunfo de las armas españolas, se conserva en la actualidad, á pesar de haber recobrado últimamente los mejicanos su perdida independencia.

Duró el sitio de la ciudad tres meses.

Asistieron á él como aliados de los sitiadores doscientos mil indios.

Las fuerzas españolas consistian en nuevecientos hombres de infanteria, ochenta caballos, diez y siete cañones, trece bergantines y seis mil barcas.

El número de los sitiados no se puede precisar con exactitud, pero debia ser muy considerable, toda vez que en los tres meses citados murieron más de cien mil, sin contar los que perecieron de hambre y victimas de la epidemia que comenzó á desarrollarse.

Las bajas que tuvieron los españoles no pasaron de cincuenta.

De los indios sus aliados tampoco perecieron muchos.

Quedaron fuera de combate seis caballos.



En la defensa de la ciudad estaban los altos dignatarios y nobleza del imperio.

Cuando empezaron á escasear los viveres y se dejaron sentir los rigores del hambre, comían ramas y cortezas de árboles.

Esto dá una idea exacta de su firmeza de carácter, por cuanto sufrían tantas penalidades antes que entregarse al dominio de los extranjeros.

Los muchos que perecieron víctimas de la falta de alimento, demuestran claramente que si eran antropófagos, era sólo con sus amigos.

Pero si la firmeza de los indígenas era grande, no era menor la de sus mujeres.

Trabajaban activamente en la curación de los heridos, trasportaban los muertos á las casas, en donde los ocultaban para que no se gozasen en su triunfo los enemigos, hacían hondas y labraban piedras á propósito para la pelea, y á veces ocupaban las azoteas y hostilizaban desde ellas á los invasores.

En el momento en que los españoles quedaron dueños de la ciudad, se entregaron al saqueo.

Recogieron el oro, plata y cuantos adornos y plumas hallaron, y permitieron que sus aliados se apoderasen de las ropas y demás objetos que había en las casas.

En seguida, para desinfestar la población, mandó Cortés que se hiciesen grandes hogueras, quemándose en ellas maderas odoríferas.

Después se procedió á enterrar los cadáveres y á limpiar las calles y los canales.

Terminadas estas operaciones, en las que, como es natural, ayudaron los prisioneros, puso en libertad á muchos de ellos, tomando por esclavos á los demás, marcándoles con el hierro real que se usaba en estos casos.

Cortés deseaba conocer exactamente el espíritu que dominaba en todas las tribus del imperio, y antes de emprender la expedición que proyectaba, varó los bergantines en tierra, dejó para custodiarlos á Villafuerte con ochenta españoles, y después de descansar cuatro días en Méjico, trasladó sus reales á Culhuacan.

Dió allí gracias á sus aliados por su eficaz cooperación, prometió recompensarles aquel beneficio, y terminó diciéndoles que los que quisieran regresar á sus hogares podían verificarlo, puesto que la guerra había terminado, y que en caso necesario les avisaría para que se incorporasen de nuevo á su ejército.

Se fueron muy contentos, por que llevaban cuantiosos despojos, por haber contribuido á la destrucción de Méjico, y más que nada, porque contaban con la poderosa amistad de los españoles y el aprecio de Cortés.

Se conserva en Méjico la tradición de que poco antes de que Hernan Cortés llegase á la Nueva España, apareció durante muchas noches un gran resplandor sobre las aguas por donde entró el caudillo.

Aseguran que dicho resplandor se formaba dos horas antes de salir el sol, y que elevándose se perdía entre las nubes.



Añaden que los mejicanos vieron entonces muchas llamas hácia la parte de Oriente, que es donde está situada Veracruz, y un humo negro y denso que ocultaba los rayos solares.

A esta oscuridad sucedió una ráfaga de fuego, y entonces vieron pelear por el aire á gentes armadas.

Su terror llegó al colmo, por que recordaban haber oído anunciar á los teopixques que un día llegarían extranjeros de la tez blanca y barba luenga á apoderarse del imperio.

Refieren que las espadas y vestidos que llevaban los contendientes eran en todo iguales ó uno de esos objetos que tenía Motezuna, que se habían hallado en la costa despues de una gran tormenta, y todos creyeron que aquel era indicio de que muy en breve se verían acometidos por las legiones desconocidas.

Otros dicen que quien predijo la llegada de los españoles fué un cautivo á quien iban á sacrificar en aras de los dioses.

Preocupado por la triste suerte que le aguardaba al ceder al sueño tuvo una vision que le consoló al gun tanto.

—No temas tanto á la muerte,—le dijo;—pronto cesarán esos crueles sacrificios, en los que se vierte sangre humana. Antes de dos lunas llegarán de remotas tierras unos hombres de otra raza superior á la vuestra, dominarán el país y prohibirán bajo severas penas que se repiten escenas tan dolorosas.

Finalmente, refieren que al volver victorioso Motezuna de Xochmixco, y al decir al cacique de Cu-

luacan que Méjico nada tendría que temer en lo sucesivo, porque eran tributarias suyas las principales provincias del imperio.

—No confies tanto, buen rey,—le dijo el cacique,—que una fuerza cede á otra superior.

Motezuna se enojó por aquella respuesta; pero más tarde, cuando fué prisionero de Cortés, recordó la exactitud de las proféticas palabras del señor de Culuacan.



---

## Capítulo V.

---

Donde el lector verá que el dinero es uno de los mayores enemigos que tiene el hombre

Hernán Cortés dispuso que se fundieran todas las alhajas y objetos de oro y plata que se ocuparon á los mejicanos, á excepcion de los que tenían verdadero mérito artístico.

El valor á que ascendían se calcula en más de ciento treinta mil castellanos.

Tocó al rey por el quinto que le correspondía, con arreglo á las ordenanzas de la conquista, la suma de veintiseis mil castellanos.

Por igual concepto se le mandaron muchos esclavos, plumajes vistosos, mantas de algodón y de pluma, rodelas de mimbre forradas con piel de tigre, rellenas de pluma y adornadas con un grueso cerco de oro; muchas perlas, algunas del tamaño de vella-

nas; esmeraldas finas, entre las que se hallaba una tan grande como la palma de la mano, y una magnífica vajilla de oro y plata, compuesta de platos, tazas, jarros, escudillas, ollas y otras piezas primorosamente cinceladas, y que representaban aves, peces, frutas y flores.

Se le enviaron también zarcillos, sortijas, brazaletes y otras alhajas, y algunos ídolos y cerbatanas de oro y plata, todo lo cual ascendía á ciento cincuenta mil ducados.

Iban además en el presente que enviaba Cortés á su soberano, preciosos mosaicos formados de piedras finas, con tal perfeccion que parecían de una sola pieza.

No llamaron ménos la atención las vestiduras y ornamentos que se encontraron en los teocalis.

Quiso igualmente remitir tres enormes jaguares, pero durante su travesía rompió uno de ellos la jaula en donde le conducían, y se escapó despues de causar grandes desgracias en los tripulantes.

Mataron otro, y el tercero fué el único que pudieron conservar, redoblando las precauciones de seguridad.

Cortés envió cuatro mil ducados á sus padres con Juan de Rivera, su secretario, y comisionó para encargarse del mando de los bergantines que debían conducir á España el rico presente destinado al rey, á Alonso de Avila y Antonio de Quiñones.

Al darse á la vela les entregó una carta para el emperador Carlos V, acompañada de una detallada



memoria sobre los acontecimientos más culminantes de su expedición.

En dicha carta recomendaba eficazmente, para que fueran recompensados, á cuantos habían tomado parte en la conquista, y suplicaba que fuese á Méjico persona docta y entendida que pudiese apreciar en todo su valor los beneficios obtenidos en aquella expedición.

Pedia con urgencia que se enviasen obispos, clérigos y frailes para dedicarse á la conversión de los indios, y terminaba su epístola aconsejando que se prohibiese dirigirse á aquellos dominios á tornadizos (1), médicos y letrados.

Cuando los bergantines emprendieron la marcha, reunió á sus capitanes y soldados, y repartió entre ellos la parte que les correspondía de los ciento treinta mil castellanos, dando á cada uno la cantidad que juzgó oportuna, teniendo en cuenta los méritos y servicios prestados y sus circunstancias particulares.

Todos se regocijaron al poseer aquellas riquezas: pero como sucede siempre, á la impresión de alegría sucedieron las murmuraciones y las quejas que despertaba en ellos la avaricia.

—Yo no sé por qué razón,—decía uno de ellos,—no habrá repartido por igual la cantidad que nos correspondía.

(1) Se aplica este adjetivo al que deserta de algún partido ó profesión. (N. del A.)

—Eso hubiera sido lo más equitativo,—contestó otro.

—Pues yo no creo así,—añadió un tercero.

—Bien se vé que has sido de los agraciados, cuando así te explicas.

—No lo he sido mucho, porque aquí hay algunos que no han expuesto su vida tantas veces como yo, y sin embargo han alcanzado mayores beneficios.

—Cualquiera que te oyera hablar así, creería que tú solo has llevado á cabo la conquista de Méjico.

—El que más y el que ménos ha llenado su puesto, y por eso creo injusto que no se nos haya medido con un mismo rasero.

Como se vé, la conversacion se iba animando.

—A primera vista, parece equitativo lo que tú dices; pero ya ves que el que ha dejado familia en España, es muy natural que obtenga alguna ventaja sobre los que no la tienen, para que pueda enviarles algunos recursos.

—No me convence esa razón, porque si tú tienes hijos que mantener,—añadió un soldado de buen humor,—yo necesito también sostener mis vicios, y para esto todo el dinero no me basta.

Estas palabras fueron acogidas con una carcajada general.

—Pues si quieres aumentar tu capital,—dijo otro,—la ocasión es propicia. Te juego veinte ducados á los dados.

—Aunque sean cuarenta.

—Pues andando se quita el frío.



—Si la suerte me es propicia, voy á ser más rico que el rey.

—No será con mi dinero,—dijo otro.

—¿Por qué?

—Porque no jugaré.

—Hombre, prueba fortuna.

—De ningun modo; con lo que me ha correspondido, si á Dios gracias llego sano y salvo á España, me retiro á mi pueblo, compro unas tierrecitas y me doy una vida como un señor.

Otro de los soldados le interrumpió, diciéndole:

—¡Bah! Buena cuenta es esa. ¿Quién sabe los que volveremos á la madre patria?

—Pues por mi parte, con estos quartitos y los que pueda adquirir dándolos á réditos en mi pueblo, puedo en un año quintuplicar mi capital.

—¿Y no te remorderá la conciencia?

—Calla, hombre, esas son preocupaciones. La verdad es que el que pide dinero prestado es por que lo necesita, y le hace un verdadero favor el que le facilita lo que desea.

—El favor seria si no le llevases réditos.

—No llega á tanto mi caridad.

—Dí más bien que eres un usurero, y no vengas santificándote.

Otro de los soldados, deseando poner término á aquella enojosa escena:

—Yo creo,—exclamó,—que respetando como respeta nuestro amigo las opiniones de todos, cada cual debemos hacer lo mismo.

—Que no sirva de disgusto lo que he dicho,—añadió el anterior,

—De ningun modo; y en prueba de ello, si algo siento en este momento, es que no haya por aquí algun meson como los de nuestra tierra para remojar la palabra.

—Yo tambien lo siento,—dijo otro;—pero en llegando á España me indemnizaré de las vigiliass que aquí paso.

Un soldado jóven, buen mozo, que hasta entonces no habia tomado parte en la conversacion:

—Pues yo cederia gustoso lo que me ha tocado en el reparto,—dijo,—con tal de que una india que he visto correspondiera á mi cariño.

—No te ha dado poco fuerte.

—Ya sabeis que las mujeres son mi única debilidad.

—Pero, hombre, si es verdad lo que nos has contado, debias estar ya harto de las hijas de Eva.

—Bien se vé que eres profano en la materia; de otro modo sabrias que no hay dos que se parezcan.

Dejemos á los soldados platicando sabrosamente acerca de la inversion que pensaban dar á sus fondos, y continuemos el curso de nuestra historia.